

Lo que sea de cada quien

Dos de fray Alberto

Vicente Leñero

I

AÑOS TREINTA

Una tarde cualquiera, digamos en octubre, un joven apuesto y elegante de nombre Antonio se plantó con firmeza frente a una imponente casona del Paseo de la Reforma. Hizo sonar la campana, pulsó el timbre de la reja. Acudió la mucama.

—Vengo a ver a Martha—dijo Antonio.

—La señorita Martha no puede venir—dijo la mucama.

—Dígale que estoy aquí. Soy su prometido—dijo Antonio.

—Su prometido está allá adentro—dijo la mucama.

—Necesito hablar con ella—respingó Antonio sorprendido—, es urgente.

—Es más urgente la reunión—dijo la mucama—. Vinieron los padres del señor Alberto a formalizar el compromiso con la señorita Martha. Se va casar.

—Llámela—alzó la voz Antonio.

—No puedo interrumpir—dijo la mucama.

—Dígale entonces que voy a estar allá, en la cafetería de la otra acera, esperándola—dijo Antonio—. Si en dos horas no llega, me voy.

—La señorita Martha no va a salir—dijo la mucama.

Abogado de profesión, pero viajero y aventurero por compulsión, Antonio Francisco de Távira había enamorado durante años a Martha Noriega, una joven de sólida posición social y económica de la Ciudad de México. Por vía más o menos indirecta, él estaba conectado con la nobleza española; su padre había sido vizconde de Termens. Desde el principio de sus relaciones, Antonio ofreció matrimonio a Martha, pero el

casorio se retardó por las continuas desapariciones del inquieto varón, que ora se perdía en Madrid, ora andaba en busca de aventuras o negocios en Cuba. Martha se cansó. Decidió olvidarlo.

—La señorita Martha no va a salir—dijo la mucama.

No habían transcurrido aún las dos horas de plazo, cuando Martha Noriega se presentó en la cafetería donde la aguardaba Antonio, fumando. Hablaron. Hablaron. Hablaron.

Martha decidió entonces cancelar su compromiso matrimonial con el formal Alberto y casarse con el impredecible Antonio. Lo hizo. Tuviéronocho hijos. El cuarto fue Luis Fernando de Távira.

Descorazonado por el imprevisto plan-tón de Martha, el tal Alberto—como en las novelas de Pérez y Pérez—se largó a España e ingresó en la Orden de Predicadores hasta convertirse en el dominico fray Alberto Ezcurdia.

Hasta aquí la historia que nos contó Luis de Távira a Estela y a mí—no sé si la recuerdo bien, si la trastoco—durante el velorio de su padre.

II

AÑOS CINCUENTA

Ajeno por completo a los antecedentes descritos, siempre quise conocer a fray Alberto Ezcurdia. Tanto se hablaba de él en la tertulia del café La Habana; tanto celebraban Zorrilla, Audiffred, Ortiz Paniagua e Isidro Galván los desplantes de quien ahora llamaríamos “un sacerdote progresista”, que me daba una enorme tentación oírlo en persona.

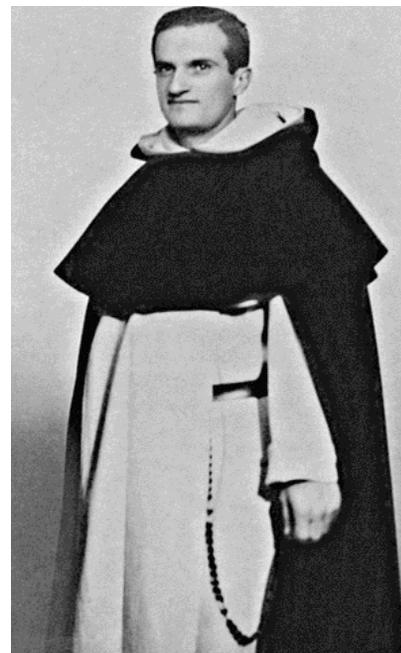
Le pedí a Ramón Zorrilla que me lo presentara y Ramón me citó en un bar. No en

el Splendid donde Audiffred y Ortiz Paniagua se ahogaban con frecuencia en tragos, sino en un sitio desconocido para mí en la avenida Insurgentes casi esquina con la calle de Puebla.

Llegué tarde, como a las once de la noche.

El lugar se me antojó tenebroso apenas entré. Luces rojas interrumpiendo o enfatizando la penumbra, y alguna música de fondo con incitaciones sexuales.

Tardé en descubrir la mesa donde se encontraba Ramón Zorrilla: filósofo y periodista, católico rabioso formado a la sombra de Carlos Septién García. Se hallaba frente a un hombre bajito, limitado por los ángulos agudos de su rostro, y discutían bebiendo sus respectivos jaiboles. Los acompañaban—eso me sorprendió—dos mujeres de aspecto equívoco: trapos ligeros para mostrar todo lo posible; sonrisas esquemáticas



Alberto Ezcurdia



Lámina del libro de Atanasio Kircher *Oedipus Aegyptiacus*..., Fondo reservado, Biblioteca Nacional, UNAM

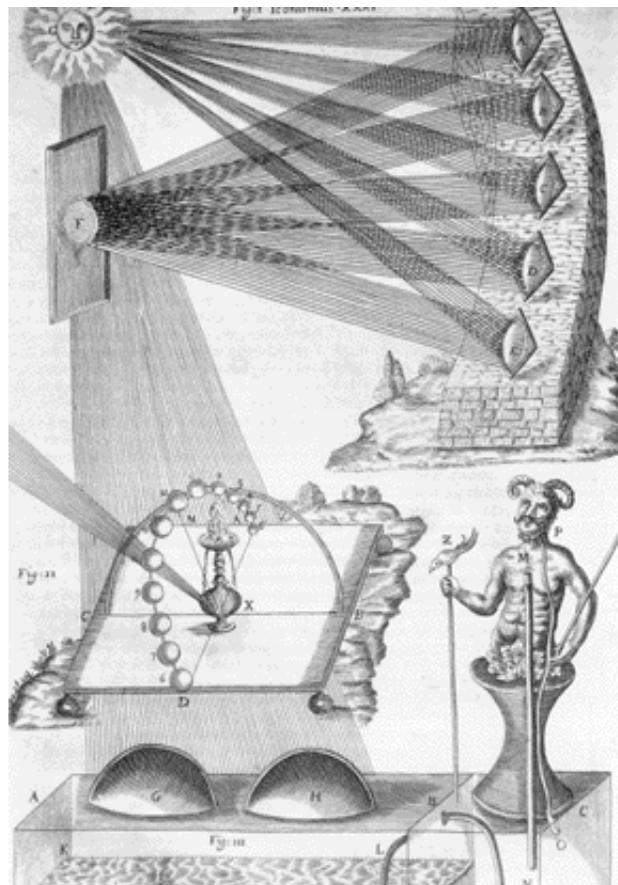


Lámina del libro *Ars Magna Lucis et Umbrae*..., Fondo reservado, Biblioteca Nacional, UNAM

como aprendidas de memoria. Eran prostitutas, pensé, o simplemente ficheras.

Zorrilla y el hombre —que mi amigo me presentó como fray Alberto Ezcurdia, enfatizando el prefijo eclesiástico— discutían acaloradamente sobre el infierno.

Metido como estaba en el alegato teológico, fray Alberto apenas me prestó atención. Me dediqué entonces —medando a las putas— a escuchar, sólo a escuchar a aquellos dos expertos en la materia.

Para Zorrilla, el infierno era una realidad incontestable como bien lo había dejado establecido Santo Tomás, paradigma de los teólogos dominicos. Fray Alberto, en cam-

bio, descreía del infierno. Dijera lo que dijera Santo Tomás, el infierno era una contradicción, no sólo al plan de Dios sino a su misericordia infinita.

No sé qué tanto se gritaron y se insultaron —imposible recordarlo a la distancia—, pero aún tengo presente la vehemencia del dominico; el empecinamiento con que hablaba, entre lúcido y briago, de una salvación para justos y pecadores; de una redención eterna que Jesús, el Cristo, había ganado para todos.

Entre el continuo parpadeo de las luces rojas, entre la música cada vez más trepidante, entre los escotes que descaraban los acce-

sibles pechos de las putas, entre los dos o tres jaiboles que me bebí como si fueran limonadas... pensé que aquel fray Alberto —instantáneo personaje de Graham Greene— poseía, como un don, la inmensa certeza de confiar sin titubeos en el Dios misericordioso que nos creó a su imagen y semejanza.

Me fui de aquel antro infernal como a la hora y media: antes de ver concluida la discusión entre Zorrilla y fray Alberto. Antes de que ambos se lanzaran, quizás, a explorar las curvas femeninas.

Desde entonces a mis veintidós años, hasta ahora en mi vejez, descreo firmemente de la existencia del infierno. [J]

Pensé que aquel fray Alberto poseía la inmensa certeza de confiar sin titubeos en el Dios misericordioso que nos creó.